

Cándido Polo Griñán

Los locos de Valencia (1409-2009)

Mitos, rituales y utopías en salud mental



LOS LOCOS DE VALENCIA
(1409-2009)

Mitos, rituales y utopías en salud mental

LOS LOCOS DE VALENCIA (1409-2009)

Mitos, rituales y utopías en salud mental

Cándido Polo Griñán

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.



Publicación sometida
a peer review

PUV

© Del texto: el autor, 2024

© De esta edición: Universitat de València, 2024

Coordinación editorial: Maite Simón

Maquetación: Celso Hernández de la Figuera

Cubierta:

Ilustración: Azulejo valenciano (autoría desconocida) que representa a un *acaptador*, uno de los personajes que, desde el siglo XV, recogían limosnas, en dinero o en especie, a beneficio del Hospital de los Inocentes (colección del autor).

Diseño: Celso Hernández de la Figuera

Corrección: David Lluch

ISBN:-978-84-1118-421-2 (papel)

ISBN: 978-84-1118-422-9 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-423-6 (PDF)

Edición digital

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. EL ORIGEN.....	19
1.1 Escenas callejeras en el <i>Segle d'Or</i>	24
1.2 La gesta fundacional.....	34
1.3 <i>Innocents, folls e orats</i>	39
1.4 La Cofradía de los Desamparados	46
2. LA EXALTACIÓN.....	51
2.1 Casas de locos y locas.....	57
2.2 El mundo al revés	70
2.3 Inquisidores y reos	83
2.4 Brujas, beatas y emparedadas	92
2.5 <i>Psicopathia sexualis</i>	102
3. LA DECADENCIA.....	113
3.1 Caridad, filantropía y beneficencia.....	118
3.2 El Manicomio Modelo.....	129
3.3 Nacionalcatolicismo y autarquía	142
3.4 Apoteosis del jofrismo.....	159

4. LA INSTRUMENTALIZACIÓN	175
4.1 «El mejor psiquiátrico de Europa».....	182
4.2 Manicomios, ¿para qué?.....	196
4.3 Partidas de caza marginal	208
4.4 «600 años de solidaridad».....	220
CONCLUSIÓN.....	231
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	235
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	257

INTRODUCCIÓN

El manicomio es la institución más moderna, el lugar clásico de la modernidad en donde la relación interhumana como tal se organiza y se convierte en una cosa anónima en el marco de la institución. Pero el manicomio es también más arcaico, no solo por la miseria y el horror que contiene, sino porque nada en él es racional, todo queda allí reducido a una mera relación de opresión entre individuos, todo es informalidad y arbitrariedad individual [...] En él hemos aprendido todo lo que sabemos, en él empieza nuestra cultura, en él hemos descubierto el nexo radical existente entre el sufrimiento y la opresión.

Franco BASAGLIA

A comienzos del año 2009, con motivo de la efeméride del aniversario del *Spital dels Innocents, Folls e Orats*, fundado seis siglos atrás, los representantes de las principales instituciones públicas de nuestra ciudad, autonómicas, provinciales y municipales, iniciaron una solemne campaña de exaltación de la solidaridad del pueblo valenciano. El programa de actos incluía exposiciones, congresos, misas, conferencias, publicaciones, conciertos y documentales, con una amplia difusión en prensa, radio, televisión y redes sociales, todo lo cual giraba en torno a una icónica escena: *El padre Jofré protegiendo a un loco*, cuadro historicista de Joaquín Sorolla que se había exhibido durante la celebración del centenario anterior, en 1909. Este despliegue mediático pretendía fomentar el reconocimiento de nuestros valores altruistas concentrando en un escueto mensaje –*600 años de solidaridad*– una tradición muy arraigada en el imaginario colectivo de protección a los desamparados, expresamente simbolizada por la Iglesia con la patrona de la comunidad. Sin duda se trataba de una bella historia de caridad cristiana, aunque muy alejada del presente, pues la emoción que despertaban aquellos hechos tan remotos poco se correspondía con la atención que se prestaba a los enfermos

mentales en nuestro tiempo. Precisamente por aquellos mismos días se venían sucediendo airadas protestas de asociaciones de pacientes y familiares, de plataformas de profesionales y de agrupaciones de usuarios, unidos todos para denunciar la falta de recursos y las numerosas deficiencias de los servicios de salud mental, inaceptables a comienzos del tercer milenio.

Algo desentonaba entre tanta ceremonia conmemorativa y la cruda realidad de los hechos, porque parecía evidente que semejante derroche publicitario no iba dirigido a los destinatarios últimos; más bien parecía orientado hacia la complacencia pública de sus gestores, autoerigidos en administradores del patrimonio inmaterial de la solidaridad colectiva. Estas manifestaciones grandilocuentes ya se habían escenificado desde los poderes públicos en anteriores ocasiones, como puede comprobarse rastreando el origen y desarrollo de esta página gloriosa de nuestra historia, sólidamente armada sobre algunos pilares religiosos, políticos y profesionales en el curso del tiempo. De hecho, resulta muy difícil separar unos elementos de otros por más diferentes que sean, ya que se han venido retroalimentando hasta impregnar la cultura y las artes de algunos estereotipos etnocentristas que hoy perviven dando el nombre del fundador a sucesivos proyectos benéficos. Nadie mejor que Fernando Domingo Simó , director del Sanatorio Psiquiátrico Provincial del Padre Jofré durante los años de máxima exaltación chovinista de aquel hito, para resumir las claves del discurso apologético con el que se pretendía dar reconocimiento científico a un hecho cuya dudosa celebridad estaba por demostrar:

Circulaba como leyenda conservada por tradición que el manicomio de Valencia era el primero o, mejor dicho, el más antiguo del mundo. Como valenciano, me halagaba sobremana esta creencia, pero como universitario me sentía molesto de pensar que, si ello era cierto, nunca debió confiarse a una leyenda el detalle de tal honor, y que no habiéndose hecho de mejor modo carecía de fuerza probatoria, y era lo mejor no acariciar tal pensamiento. Pero en el fondo de mi alma valenciana me quedaba con el deseo de llegar un día a proclamarlo con seguridad y legítimo orgullo. Además, yo soy el director de tal institución y sobre mí pesaba la obligación de averiguarlo.¹

Quizas le faltó advertir que la reivindicación profesional de aquella tradición legendaria ya se había ensayado con tesón un siglo antes, cuando algunos alienistas e historiadores decimonónicos hicieron causa común para reafirmar nuestro

1. «Nuestro manicomio, el primero del mundo», *Levante*, 19 de julio de 1958.

protagonismo ante la comunidad científica internacional, encabezados por Johann Baptist Ullersperger (1954: 2):

... reprochamos al mundo ilustrado el siguiente descuido: es incomprendible que España haya sido casi completamente ignorada en la literatura psicológica, frenopática y psiquiátrica incluso en Alemania, por lo demás tan diligente en sus investigaciones, y lo siga siendo a pesar de que toda la historia de estas dos disciplinas ha tenido su cuna en España [...] puesto que el primer manicomio, en sentido estricto, fue fundado en Valencia, con lo que quedó inaugurada una nueva y mejor era para los enfermos mentales de todo el mundo.²

Lo cierto es que tanto la Administración como la psiquiatría española apostaron por la máxima difusión de la efeméride, mostrando una absoluta receptividad hacia aquella supuesta primicia, ante la expectativa de lograr algunos cambios inminentes en la dotación de los servicios hospitalarios. Una vez que el director facultativo consideró cumplidas sus averiguaciones históricas, se entregó a divulgarlas activamente junto con otro colega también motivado por las tradiciones valencianas, José Calatayud Bayá, coautor de una obra monográfica de título concluyente: *El primer hospital psiquiátrico del mundo*. Así se disipaba de forma incontestable cualquier duda sobre sus intenciones desde la misma portada, plenamente coincidentes con las de la Diputación Provincial, de la que dependían las competencias de salud mental y que puso todo su entusiasmo institucional al servicio de los eventos del 550 aniversario, desde febrero de 1959. Examinaremos con detalle el despliegue propagandístico que se produjo durante la autarquía franquista, sin duda el momento ideológico más propicio para aquella iniciativa nacionalcatólica que buscaba su legitimidad en las raíces de un episodio originario que seguía reapareciendo con una periodicidad cíclica. Y, sin embargo, esta estrategia urdida sobre los valores más nobles de la caridad difícilmente podría justificar la miseria asilar en la que sobrevivían más de 1.500 internos en *Jesús*, como fue conocido hasta su cierre el inhóspito convento franciscano del medioevo reconvertido en manicomio a finales del siglo XIX. Menos aún podría esperarse que la insufrible situación de los internos pudiera divulgarse en la calle por la prensa del Movimiento, que se prestaba dócilmente a silenciarla mientras la ciudad de València participaba de una

2. El original alemán, de 1871, no fue traducido entonces, según aclaraba en su texto introductorio el promotor de la primera edición española, Vicente Peset Llorca.

gloria artificial en las portadas de los diarios.³ Así fue durante aquellos días de euforia institucional en los que no se produjo cambio alguno, y las cosas siguieron como estaban durante muchos años más, hasta que la prensa, que tanto contribuyó a aquella ceremonia de la confusión, intervino decisivamente para desvelar lo que se ocultaba al otro lado de la tapia.

Cincuenta años después llegó el VI Centenario y aparecieron nuevos ideólogos de la parafernalia institucional comprometidos en relanzar la exaltación mítica desde los canales a su alcance, contando con la colaboración de los profesionales más motivados por su aureola sacra. Uno de los primeros psiquiatras en anunciar la gozosa celebración fue un catedrático madrileño ligado al tema por raíces familiares, que reclamaba para la ciudad de València la primacía de un modelo organizativo y funcional rápidamente seguido por sucesivos centros asistenciales: «Durante siglos estos establecimientos se consideraron paradigmáticos y fueron copiados en otros países» (López-Ibor Aliño, 2008). Para describir las vicisitudes de su creación, el autor echaba mano de la cantera local de figuras religiosas con protagonismo histórico, junto a las circunstancias que coincidían en la València del siglo XV para favorecer la originalidad de aquel hospital que representaba lo mejor de nuestras tradiciones humanitarias. Con motivo de la conmemoración, el Ayuntamiento popular publicó una obra sobre los orígenes del Spital y el estado de la medicina en la València bajomedieval hasta la creación del Hospital General, un siglo más tarde. En aquel texto reivindicativo, José M.^a López Piñero describía el edificio hospitalario y su funcionamiento en la primera etapa, los tipos de pacientes y los médicos responsables con sus bibliotecas científicas y los recursos terapéuticos que entonces se empleaban. De la dinámica del establecimiento nos interesa resaltar aquí una rotunda afirmación del autor en sus primeras páginas:

El Hospital dels Ignoscents, Folls e Orats es, sin duda, la institución más importante de la tradición médica valenciana. Sin embargo, su extraordinario relieve no se debe a que fuera «el primer manicomio del mundo», como han repetido patrioteros desconocedores de las investigaciones más rigurosas que le ha dedicado la historiografía médica internacional (López Piñero, 2009: 3).

De este modo, el acreditado investigador desautorizaba una forma de hacer historia de la medicina a la ligera, más motivada por el relato autocomplaciente que

3. «Nuestra ciudad, cuna mundial de la asistencia psiquiátrica», *Levante*, 20 de febrero de 1959, supl. *Valencia*, n.º 207.

por la objetividad científica. Sin embargo, está tan arraigado ese discurso localista entre nosotros, que existe una predisposición generalizada a creerlo sin más, antes que a examinar rigurosamente sus fundamentos. Porque son tantos los tópicos que se vienen reproduciendo sobre este asunto desde los primeros cronistas hasta las versiones más recientes, que la realidad histórica ha terminado por desvirtuarse para quedar transformada en una mera exaltación hagiográfica. Lo cierto es que, si entonces no existía nuestra especialidad, difícilmente aquellos establecimientos asilares podrían calificarse como hospitales psiquiátricos, cuando esta disciplina no sería reconocida hasta el siglo XIX, por más que ciertos representantes del saber académico hayan contribuido a sostener dicho anacronismo con tal de defender una dudosa primacía cronológica.

Así, se extendía igualmente el esplendor a la ciudad de València, que según los autores más enardecidos habría sido en la época un crisol donde se purificaba lo mejor de las tres culturas: musulmana, judía y cristiana. Por eso resulta especialmente indicado el abordaje crítico del tema desde una perspectiva distinta, que centre el interés en lo más destacable de la experiencia valenciana desde la historia social de la locura, a partir de la novedad de su iniciativa de asilo y protección a los necesitados y la utilidad sociosanitaria del establecimiento. Lo ha resaltado de otro modo Hélène Tropé, sin duda la mejor conocedora de la etapa hospitalaria inicial después de arduas investigaciones archivísticas:

Al fin y al cabo, el Hospital de los Inocentes cumplía con su misión: descargar a las familias del peso y del peligro que suponía un familiar loco, aliviar a la sociedad y desembarazar las calles de los vagabundos y locos, intentar socorrer a esos indigentes y desvalidos, y cuando era posible curarlos (Tropé, 1994: 173).

Debemos añadir otro rasgo destacable de la experiencia valenciana, su ininterrumpida continuidad a lo largo de seis siglos, desde distintos modelos conceptuales de asistencia centralizada a la locura: el hospital, el asilo, el manicomio y el psiquiátrico. Esta concatenación, que encuentra en los archivos especializados su mejor correspondencia, otorga a nuestra ciudad un destacado protagonismo, ya que reúne las mejores condiciones para investigar la historia social de la locura a partir de los sucesivos sanatorios que se han hecho cargo de los enfermos mentales: Spital dels Ignoscents, Hospital General, Manicomio de Jesús y Hospital Psiquiátrico de Bétera. Así consta desde los más antiguos testimonios clínicos y valiosos documentos históricos que se conservan celosamente hasta hoy, lo que reviste nuestra experiencia de un interés difícil de igualar. No tenemos la menor

duda acerca de este hecho singular, que sí es fácilmente constatable y permite la reconstrucción del devenir de los hechos desde la sociología histórica, porque si hay un único privilegio que asista al manicomio, en tanto que microcosmos marginal al que se encomienda la custodia de la sinrazón, es el de arbitrar inversamente la cordura de las normas y los valores sociales que rigen la convivencia humana en su contexto.

Este es, ciertamente, el mérito más relevante de la fundación asilar, más allá de estériles discusiones sobre la demostración de su origen primigenio o exaltaciones autocomplacientes con intencionalidad más que cuestionable. Sin olvidar las funciones de orden público y protección social que la sociedad bajomedieval requería, como quedó demostrado por el compromiso que la naciente burguesía adoptó después del encendido reclamo de la Merced. Pero nuestro propósito se extiende más allá de la competencia sanitaria, para examinar el conflicto social entre la razón y la sinrazón desde la dialéctica que surge entre ambos lados de la tapia del manicomio, aunque a menudo no suele trascender a la calle, porque esta es una de las consecuencias del enclaustramiento y la lógica de la exclusión. Solemos caer fácilmente en el olvido de dicha misión custodial cuando se profesionaliza una tarea que, más allá de la asistencia, alberga otras dimensiones de gran trascendencia jurídica y moral, al arbitrar los patrones de locura y normalidad. Y, sin embargo, es precisamente a través de las políticas dedicadas a los sectores marginales como se puede evaluar mejor el grado de tolerancia y respeto a la alteridad que sostiene cualquier población; sobre todo en los aspectos ideológicos que inciden en la imagen pública de este fenómeno psicosocial, en tanto que desviación del sistema de valores y de la convivencia en cada momento histórico. No es de extrañar que fuera la Inquisición la que se ocupara de establecer los cánones de normalidad, desde su potestad para perseguir a las minorías sociales, con la excusa de las diferencias étnicas, religiosas, sexuales, etc. Y, entre ellas, numerosas conductas que hoy serían sin duda confirmadas como enfermedades mentales, según la variedad de casos y denominaciones recogida entre los procesos inquisitoriales por los investigadores más acreditados, como Albert Toldrà (2022). La arbitrariedad se mantuvo de manera inapelable durante los casi cuatro siglos que estuvo en vigor el Santo Oficio, encargado de ejecutar las instrucciones normativas del poder para asegurar el orden público. En el curso del tiempo, las desviaciones de la moral establecida y de la obediencia religiosa serían transferidas al arbitrio de la razón en perjuicio de la fe; ya en la Ilustración, serían la ciencia y la salud pública las que se ocupasen de ellas, hasta derivarse a la Beneficencia bien entrado el siglo XIX, mientras era definitivamente abolido el Santo Oficio junto con su obsesiva persecución del pecado

y la impureza de sangre. También desaparecería con ello todo el catálogo de fantasmas diabólicos que desde sus comienzos habían invadido el imaginario común y las mazmorras inquisitoriales: brujas, marranos, herejes, sodomitas, hechiceras, alumbrados, etc. Así hasta que se pudo dar el relevo institucional para el control de nuevas especies de disidentes: «el otro» diseñado a la medida en cada momento histórico para mantener el equilibrio social.

Ciertamente, no existe gran diferencia entre los mecanismos de exclusión de a finales del medioevo y los establecidos en la era contemporánea, cuando el protagonismo correspondió al Manicomio Provincial, hasta su relevo por el Hospital Psiquiátrico de Bétera, que abrió sus puertas coincidiendo con la Transición democrática, en plena crisis del Estado de Bienestar, que viene determinando la discriminación de los sectores sociales más improductivos desde entonces. Sin duda, la experiencia valenciana reúne excelentes condiciones para el estudio de la historia social de la locura gracias a su continuidad y, sobre todo, a la celosa conservación de las fuentes documentales hasta nuestros días, lo que ha hecho posibles sucesivas investigaciones sobre cada uno de los periodos de la atención asilar. Con la acogida de los alienados en instituciones especiales se inauguraba en nuestro país la política de exclusión de los individuos desviados del orden público por su conflicto con las normas sociales, pero cuando se trata de escenarios marginales a menudo suele olvidarse un detalle elemental, por más que constituya uno de los tópicos recurrentes del universo manicomial: la tapia que delimita su contorno no solo sirve para encerrar a quienes allí habitan, sino también para aislarlos de los de fuera. Por más evidente que parezca esta doble segregación según el lado del que se mire, conviene recordarla siempre, como bien saben los internos de las «instituciones totales». Este término fue acuñado en 1961 por el sociólogo Erving Goffman (1973: 13) tras un laborioso trabajo de campo en el Hospital Psiquiátrico St. Elizabeth's de Washington para definir las características comunes de asilos, conventos, manicomios, cuarteles o prisiones, entre otras residencias donde se convive bajo una disciplina formalmente administrada.

Independientemente de la vinculación activa o pasiva de los individuos residentes, este tipo de establecimientos han permitido reflexionar ampliamente sobre la vida fuera del sistema social y la gestión regular de la marginalidad. Por lo que respecta al manicomio, desde siempre ha sido un lugar maldito u objeto de comentarios chistosos por toda la relatividad que es capaz de albergar en su seno, entre la transgresión y la norma, donde fácilmente se cruzan las dimensiones extremas del orden y el caos. Y alrededor de este entorno acotado como una reserva natural de la locura, no debe olvidarse a la población donde se inserta y que lo erige para

protegerse de las contradicciones de su propia convivencia. Porque si la sinrazón surge como una caricatura grotesca capaz de cuestionar la razón mayoritaria, el manicomio constituye un auténtico microcosmos donde este par de fuerzas antitéticas libran un combate desigual tratando de enmascarar el conflicto. De las repercusiones socioculturales de dicho combate nos vamos a ocupar aquí, en su doble dimensión espacial y temporal, atravesadas por mitos recurrentes, rituales de purificación y planteamientos utópicos que, a su manera, constituyen un espejo deformante y caricaturesco, imprescindible para conocer objetivamente lo mejor y lo peor de nuestra ciudad.

SIGLAS

ADV	Archivo Diocesano de Valencia
AEN	Asociación Española de Neuropsiquiatría
AEN-PV	Associació Espanyola de Neuropsiquiatria del País Valencià
AFEM	Asociación de Familiares de Enfermos Mentales
AGFDV	Archivo General y Fotográfico de la Diputación de Valencia
AHUV	Arxiu Històric de la Universitat de València
AHUV AHN	Archivo Histórico Nacional
AMV	Archivo Municipal de Valencia
AV	Ayuntamiento de Valencia
AVACOS	Asociación Valenciana contra el SIDA
BCSPC	Biblioteca de Ciencias de la Salud Pelegrí Casanova
BHJR	Biblioteca de Humanidades Joan Reglà
BHM	Biblioteca Histórico-Médica Vicente Peset Llorca
COPEL	Coordinadora de Presos en Lucha
DPV	Diputación Provincial de Valencia
GV	Generalitat Valenciana
FEAFES	Federación de Asociaciones de Familiares y Enfermos Mentales
FITUR	Feria Internacional de Turismo
HG	Hospital General
HMV	Hemeroteca Municipal de Valencia
HPB	Hospital Psiquiátrico de Bétera
IHMC	Institut de Història de la Medicina i de la Ciència López Piñero
MIR	Médicos Internos y Residentes
OMS	Organización Mundial de la Salud
PANAP	Patronato Nacional de Asistencia Psiquiátrica
RAEN	<i>Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría</i>
UV	Universitat de València
WHO	World Health Organization

Capítulo 1.
EL ORIGEN



Detalle del cuadro de Sorolla *El padre Jofré protegiendo a un loco*.

En la present ciutat ha molta obra pía e de gran caritat é sustentació empero una ni manca, qu'es de gran necesitat, so es un Hospital ó casa hon los pobres ignoscents é furiosos fosen acullits. Car molts pobres ignoscents van per aquesta ciutat, los quals pasen grans desaires de fam, fret e injurias. Per tal, com per sa ignoscentcia é furor no saban guanyar ni demanar la que han menester per sustentació de llur vida; é per so dormen per los carrers é pereixen de fam é de fret, é moltes los ulls de sa consciencia los fan moltes inguries é enuchs; é malvades persones no habents deu dabant senyaladamnt lla hon es troben adormits los nafren é moten alguns é á algunas mefbres ignoscents aonten. E així mateix los pobres furiosos fan dany á moltes persones anant per la ciutat, é aquestes coses son notories á tota la ciutat; perque sería sancta cosa é obra molt sancta que en la ciutat de Valencia fos feta una habitació é Spital en que semblants folls e ignoscents estiguesen en tal manera que no anaren per la ciutat ni poguesen fer dany nils ne fos fet...¹

Fray Juan GILABERT JOFRÉ

Sin ánimo de restar méritos a la Orden de la Merced por su labor benefactora en la València de la Baja Edad Media, se hace imprescindible ponderar el auténtico valor de su contribución a la asistencia a la locura, que se ha visto desvirtuada en buena parte por la exaltación hagiográfica de los protagonistas, al afianzarse algunos tópicos que se han repetido durante siglos con una reiteración cansina. En destacado lugar lo concerniente al padre Jofré, que pasó de fraile ejemplar a sujeto heroico, hasta quedar ligado como un arquetipo cultural inseparable al destino de los enfermos mentales. Se trata de un ejemplo que se ajusta a las características del personaje santo nítidamente definidas, desde una aproximación psicodinámica a la antropología, por Joseph Campbell (1959: 314-315):

Estos héroes están por encima de la vida y también por encima del mito. Ninguno de ellos trata el mito, ni el mito puede tratar de ellos en forma apropiada. Se han escrito sus leyendas, pero los sentimientos piadosos y las lecciones de sus biografías son necesariamente inadecuados, casi mezquinos. [...] Cuando el perfil *escondido* se ha descubierto, el mito es la penúltima palabra y el silencio es la última. En el momento en que el espíritu pasa a lo escondido, solo permanece el silencio.

1. Transcripción del texto original; del fraile mercedario P. Félix Ramajo (1998: 61-62).

En tales casos resulta difícil discernir con claridad el problema metodológico que Lévi-Strauss planteaba como una premisa fundamental para adentrarse en estas investigaciones: ¿dónde empieza la mitología y dónde termina la historia? Para delimitar sus competencias debemos volver a aquel episodio de violencia callejera contra un sujeto perturbado —algo bastante frecuente en los burgos medievales, que tampoco ha cesado en nuestro tiempo, como veremos—, lo que dio origen al noble gesto de caridad cristiana cuando Jofré se interpuso con su hábito mercedario para protegerlo de la turbamulta. Poco después pronunció el encendido sermón de Cuaresma en el que desterró los prejuicios más arraigados sobre la locura, haciendo prevalecer la dignidad de los enfermos hasta conmover a algunos burgueses valencianos que se comprometieron a construir un hospital para los alienados. Así se inició la gestación del Spital dels Innocents, Folls e Orats, que es considerado uno de los primeros asilos para enfermos mentales del Occidente cristiano y modelo de los sucesivos hospitales creados en los reinos hispánicos, según la apreciación unánime de los expertos.

Desde entonces hasta ahora, son múltiples las valoraciones que han venido a consolidar la trascendencia mítica de aquel hecho, tanto desde su aura de santidad como desde su significación renovadora. Sin embargo, nadie puede atribuirse en particular el inicio de esta glorificación, pues los mitos no tienen una autoría concreta, sino que contienen en su esencia la transformación colectiva a través del grupo social donde se generan, según nos advierte el antropólogo francés Lévi-Strauss (1995: 60). Incluso, para que pueda estar asegurada su supervivencia, deben ser considerados algunos requisitos de memoria, oralidad y tradición, más allá del anonimato obligado del hacedor, según insiste otro reconocido especialista: «El mito solo permanece vivo si sigue siendo contado, de generación en generación, en el transcurso de la existencia cotidiana» (Vernant, 2000: 10). Aun así, debe reconocerse que buena parte de las versiones conocidas carecen del rigor exigible en cuestiones de ciencia, al estar sostenidas principalmente sobre testimonios de fraternidades religiosas o de cofradías comprometidas en la misma misión. De hecho, la primera fuente sobre su creación aparece más de doscientos años después en los archivos de la Orden de la Merced, lo que puede haber contribuido a consolidar alguna distorsión de la realidad histórica, al superponerse la exaltación de aquel gesto piadoso con el inicio de una asistencia humanitaria a los alienados. Pero así suelen surgir las leyendas, a través de la reelaboración de algún hecho histórico relevante por la superposición de relatos posteriores y narraciones sobreañadidas bastante tiempo después. En el curso de los siglos se han venido sucediendo las versiones de cronistas, escribanos y viajeros —clérigos y literatos, en su mayor parte—, ajenos al saber

médico y motivados por otros alicientes que quizás hayan podido contribuir a consolidar imprecisiones. Así, se superpone el enaltecimiento del mercedario con la evolución de la asistencia a los dementes, desde los más antiguos documentos hasta la exhaustiva recopilación llevada a cabo desde la Orden por el padre Félix Ramajo. De este modo, se completaba una amplia nómina de eruditos e historiadores locales que han venido repitiendo las referencias históricas de quienes tuvieron acceso a las fuentes primitivas: Escolano, Orellana, Teixidor, Zapater y Ugeda, Ruiz de Lihory, Jiménez Valdivieso, Gazulla, Almela y Vives, Llorente, Aparicio Olmos o Sanchis Guarner (Polo Griñán, 1997). Y, sin embargo, previamente a cualquier mitificación, contábamos con una temprana noticia del médico alemán Jerónimo Münzer a través de su valioso testimonio sobre el hospital en 1494, que le permitió compararlo con otros establecimientos europeos. Incluso dejó constancia de algún aspecto importante, como la represión de los judíos, lo que confirma la compenetración que ya existía con el Santo Oficio, pues el hospital colaboró estrechamente durante siglos con los inquisidores desde la creación del tribunal en 1482.

Además, es preciso añadir que la cadena hagiográfica creció sobre todo gracias al aura gozosa con que comenzó a ser venerada la Señora de los Inocentes, madre primitiva de aquella santa casa. No solo sus moradores eran acogidos por ella, sino también los naufragos, las prostitutas, los reos o los ajusticiados; los más desvalidos de todos quedaban bajo su manto protector, por lo que pronto ganó gran popularidad en los barrios más pobres de la ciudad. Aquella Virgen surgida de la veneración popular en los arrabales pronto fue adoptada por la Iglesia hasta ser entronizada como Santa María de los Desamparados, más tarde patrona de la ciudad y siglos después de toda la comunidad. Se tejía así un discurso apologista de exaltación propia cada vez más alejado de los hechos reales, que se retroalimentaba con la leyenda primigenia del Spital dels Ignoscents hasta construirse un entramado ideológico que conectó fácilmente con las generaciones siguientes. Hasta nuestros días, en los que una y otra vez se recurre a la figura del padre Jofré para dar nombre a los centros hospitalarios encargados de tomar su relevo asistencial, en una clara muestra de utilización de los «mitos de origen» para dar legitimidad a situaciones del presente (Vandermeersch, 1994). Es importante partir de esta reflexión para captar el «prestigio mágico de los orígenes», que adquieren posteriormente toda su coherencia según insistía el antropólogo Mircea Eliade (1968: 49) para subrayar la distinción: «La idea implícita de esta creencia es que *es la primera manifestación de una cosa la que es significativa y válida* [sic], y no sus sucesivas epifanías».

Este retorno a un tiempo sagrado es lo que podría representarse con la ritualización de ceremonias que tendremos oportunidad de revisar de manera reiterada

en nuestra historia con una manifiesta intencionalidad; no tanto por la improbable regeneración simbólica de hechos remotos, sino por el comportamiento legendario que encierran las actitudes anacrónicas, más motivadas por dotarse convenientemente de autenticidad. Han sido numerosos los autores dispuestos a sumarse desde distintos frentes a la empresa autoafirmativa, hasta el extremo de reivindicar una idílica *edad de oro* en la atención a los alienados (Alonso-Fernández, 1989). La idealización llegaba a obviar algo tan elemental como que la psiquiatría no existía en aquellos tiempos y aún tardaría cuatro siglos en ser reconocida como disciplina entre las especialidades médicas. Lo que sí se producía, sin embargo, era la locura en muy diversas formas de presentación psicosocial, que por entonces agrupaba a los enfermos en dos grandes tipos, inocentes y furiosos, a los que esperaban formas de trato bien distintas. Así que, si hemos de aceptar las versiones más elogiosas sobre su asistencia con todos los anacronismos que inevitablemente contienen, justo será dar a conocer también los métodos represivos que eran empleados para someter a los internos, a juzgar por el repertorio de utensilios que se usaban en instalaciones más bien carcelarias y con la estrecha colaboración de los inquisidores y su cuerpo de familiares, que siempre tenían la última palabra.

Resulta especialmente indicado, por tanto, el abordaje del tema desde una perspectiva diferente que, lejos de repetir los tópicos conocidos, centre el interés en el devenir de la asistencia después de aquella novedosa iniciativa, comenzando por situar el nuevo hospital en el contexto sociocultural de la época. Quizá, lo más interesante de resaltar en esta primera etapa sea el cambio ideológico que se produjo en la València de 1409: el paso de la demonización tradicional de la locura a su santificación. Ello hizo posible un cambio de actitudes sociales hacia el sujeto estigmatizado, que pasaría a ser considerado como enfermo, ya que hasta entonces no se aceptaba su admisión en ningún hospital de la ciudad. Este rechazo era ampliamente compartido en aquella época, excepto en la cultura y las tradiciones del islam, donde el trato al alienado siempre fue más respetuoso. No olvidemos que la presencia agarena en la península ibérica se mantuvo durante ocho siglos, lo que podría justificar que pervivieran creencias y costumbres más afines a la caridad musulmana. De este modo, irían desapareciendo los malos tratos en las calles y las expulsiones de las ciudades, producto de prejuicios ancestrales y temores mágico-supersticiosos sobre posesos y energúmenos, para acoger a estos marginados en instituciones asilares inspiradas por los valores cristianos, bajo responsabilidad y asistencia médica. Este es, ciertamente, el mérito histórico más relevante –más allá de estériles discusiones sobre la primicia cronológica o exaltaciones autocomplacientes–, sin olvidar la función de orden público y protección social que reclamaba

la naciente burguesía. Porque en ese mismo siglo la iniciativa benefactora sería secundada por diversas ciudades en los reinos hispánicos, como Barcelona en 1412, Zaragoza en 1424, Sevilla en 1436, Palma de Mallorca en 1456, Toledo en 1486, Valladolid en 1489, etc., hasta servir como modelo de referencia para la atención de los enfermos mentales en otras fundaciones del Nuevo Mundo y Europa occidental (Polo Griñán, 1996a).

Y, sin embargo, cuando el celebrado Spital dels Ignoscents llegó al final de la centuria y hubo de decidirse su oportuna renovación, que ampliaba sus competencias sanitarias con la construcción del imponente Hospital General en torno a aquel asilo primitivo, no se contó con los alienados, que permanecieron aislados en la Quadra de Orats. De este modo, aquellos destinatarios que habían servido como motivo para la celebrada fundación eran ahora objeto de una nueva forma de segregación, esta vez dentro de ese mismo emplazamiento, donde quedaban apartados de los demás enfermos. Y si esta marginación excluyente se producía en aquel lugar sagrado, cabe dudar si lo que entonces resultaba prioritario no era más bien el mantenimiento custodial. Sin embargo, para relativizar esta apreciación, conviene explorar el grado de cordura que regía en el seno de aquella bulliciosa ciudad, a juzgar por la escasa tolerancia que se dispensaba a otros tipos de conductas fuera de la norma en la València bajomedieval.

1.1 ESCENAS CALLEJERAS EN EL *SEGLE D'OR*

Para valorar la trascendencia de la fundación del Hospital de los Inocentes resulta imprescindible conocer las circunstancias que coincidieron en aquel tiempo, quizás el más brillante de la historia del Reino de Valencia, como queda acreditado por su destacada proyección en la Europa que alumbraba el Renacimiento. En efecto, resulta coherente que fuera en nuestra ciudad donde se levantara uno de los primeros asilos para enfermos mentales si consideramos aquel periodo de prosperidad, que también tuvo su reflejo en una notable fertilidad creativa en distintos ámbitos culturales. Aquella bonanza social discurría paralelamente en la arquitectura y las artes, así como en una excepcional producción literaria, hasta merecer la calificación de Siglo de Oro de la historia valenciana. Esta hegemonía alcanzó incluso a la Iglesia, ya que tres obispos vinculados a la diócesis valentina llegaron a regir la Santa Sede entronizados como papas: primero, el aragonés Benedicto XIII –el papa Luna, uno de los protagonistas del Cisma de Aviñón–, y después Calixto III y Alejandro VI, ambos de la poderosa familia Borja. Con ello se consolidaba una época

de esplendor que alcanzó su máxima influencia en los albores de la Edad Moderna, cuando resonaban los versos de Ausiàs March y las gestas de *Tirant lo Blanc*, mientras los visitantes se maravillaban contemplando la Lonja de mercaderes.

No debe resultar ajeno a la innovación del Hospital que en el siglo XV la ciudad de València viviera su mayor protagonismo en la Corona de Aragón, con una notable expansión mediterránea durante el reinado de Alfonso el Magnánimo, lo que le permitió acercarse a los 80.000 habitantes a finales de la centuria, hasta convertirse en una de las más dinámicas urbes occidentales. Se consolidaba así el proceso de cristianización emprendido tras la conquista del rey Jaime I en 1238, a partir del cual la faz de la urbe mora hubo de cambiar su estructura y sus costumbres. Al mismo tiempo, sus habitantes se vieron gobernados por una minoría de repobladores llegados de Cataluña y Aragón para colonizar las tierras, que iban imponiendo unas normas y reglas de vencedores que anunciaban una auténtica limpieza étnica. Los edificios civiles y religiosos que se iban levantando señalaban un nuevo orden social, bien patente según se erigían nuevas iglesias cristianas sobre las antiguas mezquitas y sinagogas. Mientras tanto, en la calle se extendía una segregación amenazadora entre episodios de violencia hacia las minorías árabe y judía, que serían confinadas en la *morería* y en el *call*, respectivamente. Estos guetos, cerrados y periféricos, quedarían después aislados con una nueva muralla que los cercaba, aunque no sería suficiente para contener sucesivos episodios de hostilidad que alcanzaron su punto culminante con el asalto a la aljama de 1391. Los atropellos podían desencadenarse con cualquier excusa de interés material, aunque siempre se agravaban por las incompatibilidades raciales y religiosas, por lo que pronto se impusieron formas humillantes de identificación externa bien visible, hasta forzar a unos y otros a renegar públicamente de sus credos mediante ceremonias de conversión masiva. De ahí a la cadena de denuncias y delaciones por incumplimientos litúrgicos o ceremonias ocultas no había más que un paso, que pronto se dio excitando el morbo ciudadano con un ambiente de terror, sobre todo a partir de la creación del Santo Oficio. En efecto, este siniestro aparato represor, fundado por la Monarquía como brazo armado del poder religioso, se encargaría de los autos de fe, que escenificaban el mandato de la Inquisición hasta demostrar su cruel eficacia a finales de la centuria. Poco más de un siglo después, la expulsión de los moriscos –tras haberse completado previamente la de los judíos– pondría fin a esta depuración racial dictada por el cuerpo social dominante, hasta no dejar rastro de aquella ejemplar convivencia entre las tres culturas, según la versión acuñada por los relatos históricos más benévolos.

Sin embargo, resulta elemental considerar el inevitable trasvase de costumbres y de saberes que debió de producirse a lo largo de los siglos, durante los que unos y otros pudieron compartir sus respectivas tradiciones para ayuda mutua y beneficio general. Análogamente, todos ellos también pudieron verse afectados por la contaminación ideológica de sus respectivas creencias, que sin duda estarían presentes en el imaginario colectivo de la época. De hecho, a finales del medioevo circulaban por València abundantes supercherías esotéricas y creencias mágico-supersticiosas, en medio de un temor omnipresente a los manejos del maligno. Esto dejaba en manos del clero cualquier intervención arbitral sobre las conductas desviadas de la convivencia social cuando era requerido por las fuerzas del orden público para examinar posibles anomalías psíquicas. El gran mérito de la caridad cristiana en este periodo de transición fue contribuir a un cambio de mentalidad entre las gentes, logrando que el loco fuera considerado como un enfermo con necesidad de ayuda y protección social antes que un energúmeno portador de desgracias y peligros para la comunidad. Interesa resaltar, de esta primera etapa, el radical cambio ideológico que se produjo en la ciudad de València, al propiciarse el paso de una demonización tradicional de la locura a su progresiva santificación. Ello implicaba una modificación de las actitudes hacia aquellos sujetos estigmatizados, que así pudieron ser considerados como enfermos, ya que hasta entonces no estaba permitida su admisión en ningún hospital del municipio.

Los alienados solían llevar una existencia errabunda entre muchos otros individuos marginales que rondaban por las afueras de las poblaciones, de las que a menudo eran expulsados con malos modos. Estas actitudes de rechazo solían ser causadas por prejuicios de mal agüero, descargando sobre los extraños las culpas ante posibles desgracias y perturbaciones. El miedo a lo desconocido servía, así, de fundamento para la marginación de contrahechos, epilépticos y espiritados, entre tantos otros que eran considerados encarnaciones del mal, desde la posesión a la brujería. Esta grave estigmatización de la locura asociada a las formas más diversas de perversidad fue causa durante siglos de ceremonias de escarmiento y rituales de purificación, en autos públicos de tortura y exterminio escenificados con una ilimitada crueldad. Incluso cualquier inocente manifestación de divergencia era perseguida con el mayor ensañamiento, lo que ponía en evidencia, con tales castigos ejemplares, la más esclarecedora representación de la vesania del poder. De hecho, los desvaríos de las autoridades políticas y religiosas eran mucho más peligrosos que los riesgos atribuidos a quienes rompían las normas y alteraban el orden público. Especialmente cuando se ponían en cuestión los sagrados valores de la familia, como en los casos de incesto, que exigían la expiación por el fuego del padre que